

Charla con García Márquez en Leticia (agosto de 1984)

ALEJANDRO CUEVA RAMÍREZ

Nota preliminar de 2013

Gracias a Carvajal Educación, Cali, acabo de recibir el libro *Gabriel García Márquez. Una vida*, de Gerald Martin, publicado en octubre del 2009 en versión castellana. De hecho, ya me había enterado de su existencia por un *link* en el que figuraban mis nombres y apellidos, en relación con la nota que escribí en la revista *Pluma* de Bogotá cuando el maestro García Márquez nos visitó en Leticia, en agosto de 1984. En esa ocasión vino acompañado del pintor Alejandro Obregón y Felipe González, primer ministro de España de ese entonces, quien hacía las veces de anfitrión, según la ocurrencia del escritor, porque a ambos los había invitado a pasar unos días en el Amazonas.

La solapa del libro nos dice que, para su realización, el inglés Gerald Martin tuvo que emplear diecisiete años de trabajo, más de trescientas entrevistas y un primer borrador con más de tres mil páginas. Además de ser una obra magistral, la crítica lo considera como la obra definitiva sobre el gran escritor colombiano. Y para fortuna del suscrito, con toda la humildad del caso, debo reconocer que hago parte del libro, en las notas de consulta de la vida del nobel.

El título que le dio la revista *Pluma* a la nota fue “García Márquez: el gallo no es más que un gallo”. Y sobre ella, Gerald Martin recomienda a sus lectores que, si

.....
 * La transcripción de esta charla fue publicada originalmente en 1985, en la revista *Pluma*, n.º 52 (marzo-abril). Esta es una versión actualizada en 2013 por el mismo autor en Leticia.

quieren conocer los sentimientos del nobel hacia Ernest Hemingway, el autor de “El viejo y el mar”, deben remitirse a esta lectura, que a continuación se reproduce textualmente.

El premio nobel acompañó al presidente de España, Felipe González, a Leticia a fines de 1984. Allí, en la penumbra por la falta de energía en toda la ciudad, concedió una entrevista a los estudiantes.

Gabriel García Márquez: (Aplausos). Esperen, no sabemos si lo que vamos a decir vale la pena el aplauso. (Risas del público) ... No nos podemos conocer esta noche por falta de luz. No nos vemos las caras, pero espero que tengamos muy pronto la oportunidad de vernos. Precisamente tengo planeado un viaje a Iquitos (Perú) a la desembocadura del Amazonas en Belem (Brasil), con motivo del medio milenio del Descubrimiento de América. Colombia — esta es una noticia que no ha sido publicada— va a contribuir con tres obras, por ahora: la terminación del *Diccionario filológico*, apuntes críticos del Instituto Caro y Cuervo; la terminación de los trabajos de la Expedición Botánica, y el tercero precisamente es ese libro que yo quiero escribir, muy reciente, del Descubrimiento. Orellana, como ustedes saben, recorrió el río Amazonas desde Iquitos hasta la desembocadura y escribió un diario que yo conozco. La idea es volver a escribir ahora el diario de navegación, casi para probar que es muy poco lo que ha cambiado desde entonces. (Pausa). Me imagino que cuando Orella-

El propósito que yo tenía no era dictar una conferencia porque yo detesto las conferencias, en donde hay un solo señor que sabe todo y otros que lo oyen. Creo que todos sabemos un poco y todos podemos enseñarnos.

na pasó tampoco había luz por aquí. (Risas). De manera que ya eso empieza a ser una semejanza. Les cuento esto, primero, porque ustedes como están estudiando sé que les interesa que haya un proyecto de escribir un libro como este, que sin duda permitirá divulgar los problemas de la región; y segundo, que es una promesa formal de que volveré alguna vez y si no hay luz nos veremos de día, con la luz del sol, que eso sí nos sobra. Esto puede ser a fines de este año. Entonces les prometo que en esta ocasión nos veremos... El propósito que yo tenía no era dictar una conferencia porque yo detesto las conferencias, en donde hay un solo señor que sabe todo y otros que lo oyen. Creo que todos sabemos un poco y todos podemos enseñarnos. No tenemos mucho tiempo porque vengo en realidad como anfitrión del presidente Felipe González y tenemos un compromiso ya, dentro de un cuarto de hora. Entonces no tenemos oportunidad de hacer lo que yo quería, que era conversar con ustedes sobre lo único que yo sé realmente, que es sobre mis libros. Si alguno de ustedes tiene alguna pregunta que hacer, alguna duda, algún secreto de los textos, que quieran saber, tengo un cuarto

de hora para contestarles... A ver quién empieza...

Público: Como escritor, ¿qué diferencia siente antes y después del premio Nobel?

GGM: Es una pregunta buena. Amigos míos que me conocen mucho se imaginan que ahora, sobre todo después del premio Nobel, uno tiene mucho miedo de escribir porque hay bastante público esperando lo que uno está escribiendo, y además cuando ya se tiene un prestigio se arriesga mucho. Sin embargo, la verdad es que uno en el momento de escribir, la fama, el prestigio y ahora el premio es una cosa que se carga en público, pero en privado uno sigue escribiendo lo que ha pensado siempre que debe hacer. Por lo menos yo escribo ahora lo mismo que siempre, sin pensar si tengo más fama, si hay más público esperando. Uno escribe para cinco amigos que sabe quiénes son y que son sus primeros críticos. Si después de eso hay un gran público al cual le gustan los libros que uno escribe, es una cuestión de suerte, de todos modos. Pero que haya más temor por razones de fama, no. Si la hay por otras razones, es porque aumenta el sentido de la responsabilidad de uno mismo. Uno escribe, al principio, cuando está empezando, con una cierta irresponsabilidad. Es muy importante porque hay una gran fluidez, una gran soltura. Después, uno tiene más cuidado y duda más de lo que está haciendo. Es al contrario, no está más seguro, uno duda mucho más. En general, de veras, no importa, no cambia la forma como uno escribe.

Público: ...

GGM: A ver, yo creo que nadie aquí ha leído mis libros... (Risas).

Público: Como nadie es idéntico a otro, pero sí tiene caracteres que hacen una igualdad, ¿qué relación de igualdad presenta usted con Ernest Hemingway?

GGM: ¿En relación conmigo? Somos dos escritores muy diferentes. Dos culturas completamente distintas. Precisamente... y tan distintas que Hemingway de América Latina conoció a Cuba, vivió en Cuba. Conoció el Perú, estuvo en el Perú, pero prácticamente no piso tierra peruana. Vino al Perú cuando se estaba filmando *El viejo y el mar* porque necesitaban un gran pescado. No lo consiguieron en el Caribe y lo vinieron a pescar en el Pacífico. Uno lee la obra de Hemingway y se da cuenta que es muy poco lo que tiene de América Latina. Ahora bien, a Hemingway lo he considerado como un maestro de técnica literaria, en el sentido de que leyendo sus obras se aprende a contar. Siempre he dicho que los novelistas, a diferencia de los demás profesionales, leemos las novelas para saber cómo están escritas. Nosotros leemos la novela, la volteamos, la ponemos al revés, ponemos los tornillos, todas las piezas sobre la mesa y cuando sabemos cómo está, ya no nos interesa más. Con Hemingway me ha sucedido lo mismo. He leído todas las obras de Hemingway. Completa, y prácticamente la he desmontado pieza por pieza para saber cómo está escrita y en ese sentido puede que haya alguna influencia. Esa influencia que puede haber es la única identidad con él, el único parecido. De todas maneras le tengo una gran admiración. Es un gran escritor, sobre todo un gran cuentista. A mí la novela de Hemingway no me llama mucho la atención, pero les cuento que llega a la perfección. Él tiene el cuento *La vida feliz de Francis Macomber*, que es uno de los más perfectos que se han escrito.

Público: ¿Qué representa para ti Macondo y qué opinión tienes de las interpretaciones que hacen los críticos de tus libros?

GGM: Para contestarte es necesario hacer una vuelta. Una vez volví a Colombia, hace unos diez o quince años, y me dijeron por qué había vuelto tan pronto. Yo les dije

que había vuelto porque ya se me había olvidado cómo era el olor de la guayaba. Y es verdad. No es mentira. Yo estaba escribiendo en Barcelona *El otoño del patriarca* y de pronto no lograba que hiciera calor. No lograba dar con el trópico que trataba de escribir y me di cuenta que no recordaba ya cómo era el olor de la guayaba, y logré sentirlo cuando vine. Y ha quedado un poco el olor de la guayaba como el símbolo olfativo de lo que es Colombia, de lo que somos nosotros. Entonces me atrevería a pensar que Macondo es lo que nosotros tenemos de distinto en relación con el mundo entero. Es la primera vez que se me ocurre pensar en esto porque lo que quería decir es que generalmente esto lo hacen los críticos. Los críticos son los que descubren estos elementos a veces inconscientes en el escritor. Yo por lo menos nunca he tratado de interpretar mis libros. No hay ningún símbolo, sencillamente cuento lo que creo pueda interesar al lector. He dicho y es cierto que carezco por completo de imaginación. Todo lo que yo escribo sale de la realidad de nuestro país, un poco más por supuesto de la realidad del Caribe, que es la parte que más conozco. Pero al fin y al cabo, a pesar de que hay muchos rasgos comunes en los países nuestros, espero que estén expresados en mis libros. En fin, trato de contar esto, pero no trato de hacer ningún símbolo, nada más allá de lo que dicen las palabras. Ya cuesta bastante trabajo que las palabras digan lo que uno quiere que digan para que haya además algo detrás. Pero los críticos tienen la tendencia a hacer interpretaciones, y a mí me parece que están en su derecho, y todo lector tiene ese derecho y es muy interesante.

Público: La posición del crítico casi siempre es dispareja con el autor. ¿En usted se presenta este fenómeno?

GGM: En mi caso, casi siempre trato de contar un cuento y no que ese cuento



quiera decir más de lo que yo digo. Es probable que quiera decir más inconscientemente porque hay un elemento subjetivo, un elemento en el trabajo literario y probablemente habrá algún crítico que lo desentrañe, pero no es consciente. Les pongo un ejemplo que estuvo muy cerca de mí. Un hijo mío estudiando en México, en un colegio inglés. En ese colegio recibían los cuestionarios sellados en Inglaterra. Y un profesor inglés elaboró un cuestionario y le tocó a mi hijo: ¿Cuál es el símbolo del gallo en *El coronel no tiene quien le escriba* de García Márquez? Entonces, mi hijo, con la mayor modestia y diciendo la pura verdad, dijo: “De acuerdo a conversaciones que yo he tenido con el autor, el gallo no es sino un gallo”. Y lo rajaron (risas). Le escribí una carta al profesor y la explicación que me dio

fue que lo había rajado no por la respuesta, sino porque creyó que se estaba burlando de él porque no sabía que era hijo mío (risas). La verdad es esa. El gallo no significa más que el gallo. Se ha dicho que el gallo es el símbolo de las luchas del pueblo, del retraso, en fin, de una serie de cosas. Para mí es un gallo que tenía el coronel. Inclusive en una primera versión de *El coronel no tiene quien le escriba* —yo la escribí once veces, es decir once borradores, tratando de mejorarlo cada vez más, y sobre todo, tratando de reducirlo para que fuera muy conciso—, como el coronel ya no soportaba la situación en que se encontraba, y entonces le tuerce el pescuezo al gallo, se hace un sancocho de gallo y se queda tranquilo. En realidad, era una solución fácil para el escritor, pero no correspondía al temperamento

del coronel, que era un luchador y que era un hombre que estaba dispuesto a aguantar hasta el final.

Público: ¿Qué es lo más difícil en un escritor, empezar o terminar una obra?

GGM: Empezarla. Siempre es más difícil empezar cada capítulo. Por eso es muy bueno escribir cuentos. Escribir cuentos tiene la ventaja de que no hay que empezar sino una vez. La novela cada vez que termina un capítulo, el día que va a empezar... es terrorífico. Siempre tengo la impresión... (Llega la energía eléctrica de la Normal al recinto y alguien le acomoda un micrófono a Gabriel García Márquez. Lo prueba a ver si hay sonido: “Ahhhhh”. La gente se ríe nuevamente). Este micrófono está mejor para cantantes... Siempre tengo la impresión de que la novela se va a quedar ahí. No va a seguir, porque empezar cada capítulo es difícil. Más aún el primer capítulo, el primer párrafo... Lo más difícil de una novela es el primer párrafo. En el primer párrafo uno mismo descubre cuál será el estilo, cuál será el tono, e inclusive se da cuenta cuál es el ritmo y cuál puede ser la longitud probable de la novela. En cambio, terminar es muy fácil. Además, doy un consejo: cuánto más pronto termine uno mejor. Porque, por ejemplo, yo soy un mal lector. En el momento que un libro me aburre, ahí lo dejo, porque tengo muchos libros en cola esperando para leer y no se pone uno a perder el tiempo en un libro que no se sabe defender hasta el final. Cuando estoy escribiendo me acuerdo de eso y pienso que los lectores son lo mismo. En el momento que me aburre lo que yo estoy escribiendo cambio todo, y busco la manera de que se vuelva otra vez interesante. Es un buen consejo, es decir, el primer lector de sus libros es uno mismo y uno debe tratar de no aburrirse con su libro para que el lector no se aburra.

Público: A medida que escribe la obra, usted, como escritor, tiene la es-

tructura mental del comportamiento de sus personajes. ¿Qué sucede cuando sus personajes le hacen revolución y se le escapan de las manos? ¿Cómo hace para volverlos a llevar a ese cerco que usted tiene premeditadamente?

GGM: Bueno, uno generalmente trata de negociar con sus personajes. Hacer un pacto, porque la realidad es esa... Ahora yo quiero decir una cosa: yo estoy hablando de mis libros... Sé que cada escritor tiene un método distinto, tiene una manera distinta de concebir su trabajo. Para mí, particularmente la forma es... yo empiezo a escribir una novela. Cuando yo empiezo a escribir una novela, yo la conozco completamente como si ya la hubiera leído. Es decir, logro pensar durante muchos años y, sobre todo, tengo resuelta completa y mentalmente, sin tomar nota, la estructura. Mientras uno no tiene la estructura, realmente no sabe dónde va a dar el libro. Debe conocer la estructura del libro y los caracteres de los personajes. Lo que sucede es que, en el proceso de la escritura, los personajes tienden —cuando realmente son personajes auténticos, cuando se acierta— a hacer lo que les da la gana. Y uno debe tratar dos cosas: primero, dejarlo hacer lo que le dé la gana, pero no dejarlo por completo que lo haga. Entonces se establece un equilibrio y va saliendo. Esto es lo más interesante de la creación. Es la relación entre el escritor y sus personajes.

Ahora estoy escribiendo una novela, probablemente la más difícil que he escrito. Muy larga, muy complicada y llena de lugares comunes. Es prácticamente una telenovela. Es no tenerle miedo al amor, como es en la vida. Uno está acostumbrado al amor como es en los libros, pero no como es en la vida, con todo el sentimentalismo, con toda la cursilería, con todo el sufrimiento, con todas las alegrías, y ese libro me ha creado muchos problemas. Hay uno específico, de los más interesantes que me ha ocurrido

desde que estoy escribiendo. Había creado una familia. La familia estaba constituida por la protagonista que es una muchacha que en estos momentos tiene diecinueve años. Es estudiante. La novela ocurre a finales del siglo XIX en una ciudad que puede ser Cartagena... no se dice... Entonces está la muchacha, su padre, una tía, hermana del padre, que se ocupa realmente de ella, y la madre. Yo tenía un problema. En todo momento estaba manejando la familia y manejaba muy bien a la muchacha, al padre, a la tía y no lograba manejar a la madre. Y la sentaba en la mesa y sabía la actitud de todos, pero no conocía la actitud de la madre. No le veía ni siquiera la cara. Y esto me tuvo retrasando mucho tiempo la novela hasta que un día desperté y me di cuenta qué fue lo que sucedió. ¿Por qué este personaje no funciona? Porque la madre murió cuando la muchacha tenía tres años y por eso existe la tía. La tía es la que la ha criado y el padre es viudo. Lo curioso es que

en ese momento le vi la cara al personaje que no lograba manejar. Y se convirtió en un personaje presente en la casa, el recuerdo de la madre muerta cuando la niña tenía esa edad. Es la experiencia más interesante en la creación de un personaje.

Público: ¿Cómo se dio cuenta de que era escritor?

GGM: Desde que tengo memoria. Desde que no sabía escribir.

Público: ¿Cómo se dio cuenta que la gente sabía que era escritor?

GGM: Yo no sabía escribir y sin embargo ya hacía cuentos dibujados. Hacía tiras cómicas. ¿Que cuándo me di cuenta que la gente se dio cuenta de que soy escritor...? Todavía no me doy mucha cuenta (risas).

Público: ¿Qué le recomienda a alguien que quiera ser escritor?

GGM: Que escriba. Lo único que tiene que hacer una persona que quiera ser escritor es escribir. Y a escribir se aprende escribiendo. ■